



Ulrich Beck

La metamorfosis
del mundo

Prólogo

LA HISTORIA DE UN LIBRO INACABADO

El 1 de enero de 2015 hacía un espléndido día de invierno: el cielo estaba azul, hacía sol y la nieve reflejaba la luz. El escenario parecía sacado de un álbum de fotos lleno de magia. Felices y contentos, Ulrich y yo salimos a dar un paseo por el parque, el famoso Englische Garten de Múnich. Unas semanas antes, a primeros de diciembre, Ulrich había enviado a Polity Press una versión preliminar y sin corregir de su *Metamorfosis*, y, dos o tres días antes de aquel paseo, a finales de diciembre, había recibido las primeras reseñas. Si bien al principio le habían molestado algunos comentarios, en ese momento, mientras paseábamos y charlábamos, comprendió que las críticas aludían a cuestiones importantes. Enseguida empezó a darle vueltas a la cabeza, y yo me sumé a sus reflexiones. Hablamos de añadir nuevos capítulos que sirvieran para aclarar y desarrollar cuestiones fundamentales.

Pero entonces, en medio de aquel frenético intercambio de ideas, llegó el final.

Un súbito ataque al corazón.

Ulrich murió.

Unos días después, intenté anotar los aspectos principales de todo aquello sobre lo que habíamos estado hablando aquel hermoso día de Año Nuevo. Pero, por mucho que lo intenté, me resultó imposible llevar a cabo aquella tarea. La memoria me fallaba. Lo único que recordaba eran fragmentos deslavazados. Lo esencial había desaparecido.

En febrero de 2015, la London School of Economics rindió un homenaje especial a Ulrich. En un acto celebrado en su honor, Anthony Giddens habló de *Metamorfosis*, calificándolo de «libro inacabado». Durante los meses siguientes comprendí lo cierto de su afirmación. Aquello sucedió cuando comenzó la estimulante labor de convertir el manuscrito original en un libro. Era no más que el último capítulo de una larga historia en la que participaron muchas personas y que estaba estrechamente relacionada con la beca que había creado Ulrich en el Consejo Europeo de Investigación: «Cosmopolitismo metodológico en el laboratorio del cambio climático».

Desde el principio, Anders Blok (Copenhague) y Sabine Selchow (Londres) se habían encargado de analizar los primeros borradores del manuscrito. Tanto Blok como Selchow, a su manera, habían dedicado a esa tarea mucho tiempo, energía y conocimientos. Gracias a su esfuerzo, el manuscrito adquirió más profundidad y fundamentos teóricos, así como precisión y soporte empírico. Por otra parte, muchas personas —tanto miembros del Consejo Europeo de Investigación como colegas procedentes de diversos campos de estudio, algunos de los cuales trabajaban en Múnich, mientras que otros vivían en lugares y continentes lejanos— han aportado valiosas sugerencias y han sido fuente de inspiración de nuevas ideas. Las siguientes personas formaron parte de esa red de colaboración cosmopolita. Martin Albrow (Londres), Christoph Lau (Múnich), Daniel Levy (Nueva York), Zhifei Mao (Hong Kong), Svetla Marinova (Sofía), Gabe Mythen (Liverpool), Shalini Randeira (Viena), Maria S. Rerrich (Múnich/Blackstock, Carolina del Sur); Natan Sznajder (Tel Aviv), John Thompson (Cambridge), David Tyfield (Lancaster/Cantón, China); Ingrid Volkmer (Melbourne); y Johannes Willms (Múnich). Una vez más, Almut Kleine (Múnich), gracias a sus veinte años de colaboración con Ulrich, navegó con audacia por entre sus correcciones y notas manuscritas, y tecleó las numerosas versio-

nes del texto. Y Caroline Richmond, de la editorial Polity, revisó concienzudamente el texto y alisó cualquier arruga que pudiera quedar en él.

Pero, primero, había que completar el libro inacabado, lo cual, al constituir un auténtico desafío, requirió la colaboración de tres personas.

Por suerte, como Ulrich y yo habíamos sido íntimos compañeros y colegas durante tantas décadas, la cuestión de la metamorfosis había formado parte de nuestras conversaciones diarias o, incluso, de nuestra vida cotidiana. Había visto a Ulrich lidiando con ese asunto y, gradualmente, adaptándose a él. Además, yo contaba con la experiencia que me proporcionaban los cuatro libros y los numerosos artículos que habíamos escrito juntos. Sin embargo, llegado el momento de sacar la versión definitiva de *Metamorfosis* —una versión lista para la imprenta—, cada capítulo presentaba una serie de preguntas abiertas, desde metáforas de misterioso significado hasta argumentos basados en fuentes desconocidas. En tales momentos —y hubo muchos—, John Thompson, viejo colega y fidelísimo amigo, entraba en escena, invirtiendo enormes cantidades de tiempo y energía, de conocimientos sociológicos y de experiencia editorial. Cuando yo necesitaba un descanso, para olvidarme durante algún tiempo de *Metamorfosis*, o incluso para tener la oportunidad de terminar mi propio libro, John me devolvía con paciencia las fuerzas, me animaba a seguir adelante o continuaba él solo por su cuenta. Una y otra vez, me ayudaba a revisar y dar sentido a oraciones incompletas, párrafos que terminaban de manera abrupta, y un texto (escrito en inglés) que sonaba demasiado alemán.

Pero, al final, John y yo no habríamos sabido qué hacer de no ser por Albert Gröber, coordinador científico del Consejo Europeo de Investigación y notable conocedor de cada detalle de los escritos de Ulrich. Durante los difíciles momentos inmediatamente posteriores a su muerte, Albert no solo desempeñó un papel fundamental cuando el pro-

yecto afrontaba problemas graves, sino que también contribuyó activamente a la finalización de *Metamorfosis*. Con su ingenio, localizó muchas referencias, desenterró citas ocultas y compiló una lista de autores y publicaciones importantes.

De este modo, el manuscrito inacabado fue tomando forma hasta convertirse finalmente en un libro. Estoy en deuda con John y Albert, a quienes quiero expresar mi más sincero agradecimiento.

Espero que, en conjunto, hayamos hecho un buen trabajo, al menos en la mayoría de las ocasiones. Espero también que el resultado nos permita ver la idea que Ulrich tenía *in mente* cuando emprendió el viaje a *Metamorfosis*.

ELISABETH BECK-GERNSHEIM
Septiembre de 2015

Prefacio

El mundo está desquiciado. Tal como lo ven muchas personas, esto es cierto en ambos sentidos de la palabra: el mundo está desencajado y se ha vuelto loco. Vagamos confusos y sin rumbo, argumentando razones a favor de esto y en contra de aquello. Pero una afirmación en la que la mayoría de la gente coincide, más allá de cualquier antagonismo, y en todos los continentes, es la siguiente: «Ya no comprendo el mundo».

El objetivo de este libro es intentar comprender y explicar por qué ya no entendemos el mundo. Con ese fin introduzco la distinción entre *cambio* y *metamorfosis* o, más exactamente, entre *cambio social* y *metamorfosis del mundo*. El cambio social sistematiza un concepto clave de la sociología. Todo el mundo sabe qué significa. El cambio destaca una característica futura de la modernidad, a saber, la transformación permanente, en tanto que los conceptos básicos y las certezas en que se sustenta permanecen constantes. La metamorfosis, por el contrario, desestabiliza las certezas de la sociedad moderna; desplaza la atención desde «estar en el mundo» y «ver el mundo» hasta determinados procesos y acontecimientos que son involuntarios, que suelen pasar desapercibidos y que imperan más allá de los dominios de la política y la democracia como efectos secundarios de la radical modernización técnica y económica. Desencadenan una conmoción primordial, un cambio drástico que hace estallar las constantes antropológicas de nuestra existencia anterior y nuestra comprensión del mundo. *Metamorfosis*, en este sentido, significa sencillamente que lo que era impensable ayer es real y posible hoy.

Nos hemos enfrentado muchas veces a metamorfosis de esta magnitud durante las últimas décadas, a través de una serie (en términos coloquiales) de «acontecimientos descabellados», desde la caída del muro de Berlín, los atentados terroristas del 11 de septiembre, el catastrófico cambio climático a escala mundial, el accidente nuclear de Fukushima y las crisis financieras y monetarias, hasta las amenazas a la libertad mediante la vigilancia totalitaria en la era de las comunicaciones digitales, desvelada por Edward Snowden. Siempre nos enfrentamos al mismo modelo: lo que se descartó de antemano como absolutamente inconcebible está teniendo lugar a escala planetaria y se puede observar en cualquier sala de estar en cualquier parte del mundo, porque lo retransmiten los medios de comunicación de masas.

PARTE I

INTRODUCCIÓN, EVIDENCIA, TEORÍA

Capítulo 1

¿POR QUÉ *METAMORFOSIS DEL MUNDO* EN LUGAR DE *TRANSFORMACIÓN*?

Este libro constituye un intento de salir, y quizá también de sacar a otros, de un gran desconcierto. Aunque llevo muchos años enseñando sociología y estudiando la transformación de las sociedades modernas, no sabía dar respuesta a una sencilla, pero necesaria pregunta —¿qué significan los acontecimientos globales que se despliegan ante nuestros ojos en la pantalla del televisor?—, por lo que tuve que declararme en quiebra. No había nada —ni un concepto, ni una teoría— capaz de expresar la confusión del mundo en términos conceptuales, como exigía Hegel.

Esa confusión no puede conceptualizarse desde el punto de vista de las nociones de *cambio* de que dispone la sociología: *evolución*, *revolución* y *transformación*, pues vivimos en un mundo que no está solo cambiando, sino que se está metamorfoseando. El cambio implica que algunas cosas cambian, pero otras siguen igual: el capitalismo cambia, pero algunos aspectos del capitalismo permanecen inalterables. La metamorfosis implica una transformación mucho más radical, mediante la cual las viejas certezas de la sociedad moderna se desvanecen mientras surge algo completamente nuevo. Para comprender esta metamorfosis del mundo hay que explorar los nuevos comienzos, centrándose en lo que surge de lo viejo e intentando comprender las futuras normas y estructuras que caracterizan la confusión del presente.

Veamos el ejemplo del cambio climático: gran parte del debate sobre el cambio climático se ha centrado en el hecho de si se está produciendo realmente o no, y, en caso afirmativo, en qué podemos hacer para detenerlo o contenerlo. Pero tanto énfasis en las soluciones nos impide ver que el cambio climático es un agente de la metamorfosis. Ya ha alterado nuestra forma de estar en el mundo: nuestra manera de vivir en el mundo, de pensar acerca del mundo, y de intentar influir en el mundo mediante la política y la acción social. La subida del nivel del mar está creando nuevos paisajes de desigualdad, está trazando nuevos mapas mundis cuyas líneas principales no representan ya las fronteras tradicionales entre Estados-nación, sino las elevaciones sobre el nivel del mar. Así, se crea una forma completamente nueva de conceptualizar, tanto el mundo como nuestras posibilidades de sobrevivir en su seno.

La teoría de la metamorfosis va más allá de la teoría de una sociedad en peligro: no se trata de los negativos efectos secundarios de lo bueno, sino de los positivos efectos secundarios de lo malo. Esos efectos crean nuevos horizontes comunitarios y nos impulsan más allá del marco nacional, en dirección a un panorama cosmopolita.

Pero la palabra *metamorfosis* debe usarse con cautela y escribirse en cursiva. Sigue llevando el sello de un cuerpo extraño. Ciertamente, de momento esta palabra tendrá que contentarse con la condición de inmigrante, y aún no sabemos si llegará a formar parte de nuestro sentido común. En cualquier caso, en este libro propongo que el sentido común social de los países y de las lenguas adopte el concepto migratorio de *metamorfosis*. Es solo un intento de dar una respuesta a esta apremiante pregunta: ¿en qué mundo estamos viviendo en realidad? Mi respuesta es la siguiente: en la metamorfosis del mundo. Sin embargo, esta respuesta requiere que el lector esté dispuesto a arriesgar la metamorfosis de su cosmovisión.

Y, naturalmente, hay otro término inquietante en el título: *mundo*, que está estrechamente relacionado con el vocablo *humanidad*. ¿De qué va todo esto?

El debate sobre el fracaso del mundo se centra en el concepto de *mundo*. Todas las instituciones están fracasando; nada ni nadie es lo bastante decisivo a la hora de afrontar el peligro que implica el cambio climático. Y esa insistencia en el fracaso es precisamente la que está convirtiendo el mundo en el punto de referencia para alcanzar un mundo mejor.

De este modo, el concepto *mundo* se ha hecho familiar. Se ha vuelto indispensable para describir las cosas más banales. Ha perdido su remoto aislamiento, su *grandeur* nepalí, se ha colado por la puerta trasera y se ha instalado en nuestro lenguaje coloquial y cotidiano. Hoy en día, las piñas, en no menor medida que las enfermeras de los geriátricos, tienen un trasfondo global (y todo el mundo lo sabe). A quien pregunta de dónde proceden las piñas se le dice que son «piñas de importación masiva». Por consiguiente, hay también «madres de importación masiva» que quieren (o deben) cuidar y mantener a los hijos de otras personas al mismo tiempo que cuidan y mantienen a sus propios hijos en su país natal, en consonancia con las reglas del «amor a larga distancia». Incluso una reflexión superficial nos muestra que los conceptos *mundo* y *nuestra propia vida* ya no nos son ajenos. De ahora en adelante vivirán en «cohabitación», porque no hay ningún certificado oficial (ni científico ni gubernativo) para acreditar esa unión global vitalicia.

Habiendo dicho esto, la pregunta sigue en pie: ¿por qué hablar de *metamorfosis* en lugar de *cambio social* o *transformación*?

Si nos fijamos en el caso chino, *transformación* significa que China, desde la Revolución Cultural y la reforma económica del país, ha tomado una senda evolutiva que conduce desde la cerrazón hasta la apertura, desde lo nacional

hasta lo global, desde la pobreza hasta la riqueza, desde el aislamiento hasta la integración. La metamorfosis del mundo significa algo más que una senda evolutiva desde la cerrazón hasta la apertura; equivale a un cambio histórico de cosmovisiones, a la revisión de la cosmovisión nacional. Pero no se trata de un cambio de cosmovisiones causado por la guerra, la violencia o la agresividad imperial, sino por los efectos secundarios de la próspera modernización, tales como la digitalización de la información o la previsión de las catástrofes climáticas que azotarán a la humanidad. La *Weltbild* («imagen del mundo») institucionalizada a escala nacional e internacional, la importancia de cómo perciben hoy el mundo los seres humanos, se ha marchitado. *Imagen del mundo* significa que para cada *cosmos* hay un *nomos* correspondiente, y que todo se reduce a combinar certidumbres normativas con certezas empíricas en lo que al mundo, a su pasado y a su futuro se refiere. Esas «estrellas fijas» — certidumbres fijas— ya no son inmóviles. Se han metamorfoseado en el sentido de que pueden interpretarse como el «giro copernicano 2.0».

Galileo descubrió que el Sol no gira alrededor de la Tierra, sino al revés. Hoy en día nos encontramos en una situación distinta, pero en cierto modo similar. El peligro que constituye el cambio climático nos enseña que la nación no es el centro del mundo. El mundo no gira alrededor de la nación, sino que las naciones giran alrededor de las nuevas estrellas fijas: el *mundo* y la *humanidad*. Internet es un ejemplo de ello. Primero, crea el mundo como unidad de comunicación. Y luego, crea a la humanidad, ofreciéndonos simplemente la posibilidad de interconectar literalmente a todos los habitantes del planeta. En ese espacio es donde las fronteras nacionales y de otro tipo se renegocian, desaparecen y se vuelven a construir, esto es, se *metamorfosean*.

Por consiguiente, el *nacionalismo metodológico* es como el ejemplo del Sol que se traslada alrededor del mundo o, dicho de otro modo, como el ejemplo de la traslación del mundo alrededor de la nación. El *cosmopolitismo metodológico*, por el contrario, es como la Tierra, que se traslada alrededor del Sol, o, mejor aún, como las naciones trasladándose alrededor del «mundo en peligro». Desde el punto de vista nacionalista, la nación es el eje, la estrella fija, alrededor de la cual se traslada el mundo. Desde la perspectiva cosmopolita, esa imagen etnocéntrica del mundo resulta históricamente falsa. La metamorfosis del mundo implica que su *metafísica* está cambiando.*

Para comprender por qué la imagen del mundo es «históricamente falsa» debemos establecer una diferencia entre la revolución copernicana en el sentido científico y esa misma revolución en el sentido sociológico 2.0. La imagen del mundo que proclamaba que el Sol gira alrededor de la Tierra siempre ha sido falsa. Lo que ocurre es que esa realidad siempre ha sido negada por quienes seguían y defendían el dogma religioso. La revolución copernicana 2.0 se convierte en realidad —es decir, en actividad cotidiana— en estos momentos de agitación y desmoronamiento del orden mundial. Ello no significa, no obstante, que las naciones y los Estados-nación se disuelvan y desaparezcan, sino que las naciones se *metamorphosean*. Necesitan encontrar su lugar en el amenazado mundo digital, donde las fronteras se han vuelto líquidas y flexibles; necesitan reinventarse, girando alrededor de las nuevas estrellas fijas, que son el mundo y la humanidad.

Al igual que el moderno orden mundial internacional, el Estado soberano, la industrialización, el capital, las clases sociales y la democracia surgieron y se desplegaron tras el colapso del orden mundial religioso, así también el peligro implícito en el cambio climático tiene una especie de sistema de navegación para esquivar los escollos que amenazan naufragio (véase más adelante). El riesgo climático señala el

rumbo que hay que seguir, lo que no significa que ese rumbo lleve a buen puerto. Es posible que la humanidad tome un camino que conduzca directamente a la autodestrucción. Esa posibilidad está presente porque, cuando se ve con claridad el camino, resulta evidente que las «certidumbres eternas» de la cosmovisión nacionalista son miopes y erróneas, por lo que pierden su obviedad en cuanto creencias de toda una época.

La historia de la metamorfosis es la de los conflictos ideológicos (guerras de religión, que antiguamente se producían entre territorios más o menos vecinos y hoy se producen a escala mundial). Estamos viviendo una lucha entre antagónicas imágenes del mundo que conllevan feroces y brutales conflictos, sanguinarias conquistas, guerras sucias, terrorismo y antiterrorismo, como en el caso de los cristianos contra los bárbaros paganos. Carlomagno edificó su imperio con el convencimiento de que era lícito matar en nombre de la santa fe, de que tenía legitimidad para exterminar a los infieles y aniquilar su cultura. Aliado con el papa, el emperador impuso los mandamientos de Dios mediante el uso de la fuerza bruta. Esta cosmovisión cristiana se basaba en la idea de que la conquista era una misión, de que la espada y la cruz eran una y la misma cosa. El bautismo cristiano se imponía con violencia, subyugando a los otros. Aquella cosmovisión religiosa quería demostrar que la paz solo era posible si la cristiandad se mantenía unida.

En una variante histórica del descubrimiento de Galileo; el mundo ya no gira en torno a pequeños principados, en torno al conflicto entre católicos y hugonotes, en torno a colonizadores y bárbaros, en torno a superhombres e infrahombres. La cosmovisión etnocéntrica del mundo ha fallecido (sobre todo en Alemania y en el resto de Europa), como respuesta al enfermizo racismo de los nazis; también ha muerto la imagen del mundo patriarcal —aunque no en todas partes— que exige igualdad, pero excluye a las mujeres, los esclavos y los «bárbaros». Fijémonos simplemente

en los fundadores de los Estados Unidos de América y su Constitución, que ni siquiera se daban cuenta de que los afroamericanos carecían de derechos humanos: esa privación les parecía la cosa más natural del mundo.

E, insisto, ¿qué significa *marchitarse*? Muchas, quizá la mayoría, de esas imágenes del mundo siguen existiendo hoy en día simultánea y paralelamente. *Marchitarse* significa dos cosas: en primer lugar, quiere decir que las imágenes del mundo han perdido su certidumbre, su predominio; en segundo lugar, significa que nadie escapa de la globalización. Ello se debe a que, como veremos en capítulos posteriores, lo *global* —esto es, la realidad cosmopolita— no está simplemente «ahí fuera», sino que constituye la estratégica realidad que vivimos todos los seres humanos.

Para comprender esa cuestión hay que establecer una diferencia entre *Glaubenssätze*, «doctrinas», y *Handlungsräume*, «espacios de acción», que son los parámetros existenciales de la actividad social cuando nos referimos a las imágenes del mundo. Las *doctrinas* son a veces específicas o minoritarias, como por ejemplo en el caso del anticosmopolitismo, el antieuropeísmo, el fundamentalismo religioso, el etnocentrismo o el racismo; los *espacios de acción*, por el contrario, son inexorablemente cosmopolitas. De hecho, los antieuropeos tienen escaños en el Parlamento Europeo (de otro modo, ni siquiera se los tendría en cuenta). Los fundamentalistas religiosos y antimodernistas festejan la decapitación de sus rehenes occidentales en los medios de comunicación digitales a fin de asustar a todo el mundo mediante su inhumano régimen terrorista. Si mañana entrase en escena un grupo que propugnase la superioridad política de los pelirrojos izquierdistas, estos anunciarían y practicarían sus creencias a escala global (no solo «local»).

Hasta las personas que no salen nunca de su pueblo están *cosmopolitizadas*. Las personas que no han viajado jamás, que ni siquiera se han subido a un avión, siguen estando íntimamente vinculadas al mundo: de una u otra ma-